

Y sus caricias le cansan,
Y le enojan sus preguntas,
Y le fastidian sus quejas,
Y su compañía escusa,
Y ella acosada de zelos
Y herida de sus repulsas,
Sus pensamientos acecha
Y sus palabras estudia.
A veces desatinada
Y cólerica le insulta,
A veces los piés le besa,
Y á veces humilde y muda
En cuantos gustos le advierte,
Darle contento procura.
Mas él, ni una mirada
Su amarga afliccion la endulza,
Ni una palabra la dice
Que confianza la infunda,
La espalda vuelve en silencio,
Y tal vez con una injuria
Compensa sus atenciones
Que no lo agradece nunca;
Y ella se queda llorando,
Y él sale, la faz ceñuda
Tras una mirada incierta
De la bailarina impúdica.
Y entre tanto, don Gonzalo
Que calla, mira, y escucha,
Cobra hastío de don Juan,
Cuya elegancia y bravura
Se llevan la primer parte
En amores y fortunas:
Y él tiene mas que le pese
Que apechar con la segunda,
Que es cual todos los imbéciles
Que con los pillos se juntan,
Un inferior que acompaña
O que divierte ó que ayuda,
Pero al fin del sol del otro
Satélite que no alumbrá;
Mas van tres meses que arde
Oculto el fuego, y en suma,
No puede cumplirse el cuarto
Sin que á incendio se reduzca.

VII.

LANCES IMPREVISTOS.

Era una noche de aquellas
Tristes, nubladas y lóbregas,
En que la luz de los astros
Rasgar no pueden la atmósfera,
En que un vapor se respira
Que en vez de aliviar sofoca,
Y en que la calma parece
De desastres precursora.
Don Juan, en un negro acceso
De calentura amorosa,
Y al ver que ni una sonrisa
De la bailarina logra,

Dejó su casa llevando
Con él su riqueza toda,
Y resolvió por el juego
Tentar la fortuna loca.
Lanzóse, pues, en sus brazos;
Pero la inconstante diosa
Mostrábale como siempre
La faz amenazadora.
Quedábanle ya tan solo
Sus diez postrimeras doblas,
Cuando á una carta sin tino
Levantándose tirólas.
La suerte fué aquella vez
Menos cruda que las otras
Pues se cambió de repente,
Y el que jamas la malogra
De oro y de amor insensato
En la sed que le devora,
Todo de una vez lo arriesga,
Todo de una vez lo cobra.
Y comprimidos los labios,
Las pupilas en las órbitas
Rodando desconcertadas,
Burlando la astucia pronta
De los jugadores pálidos
A quien impone su torva
Mirada, el mozo impertérrito
Oro sobre oro amontona,
Ya juegan sobre palabra
Y en vez de monedas joyas,
Y don Juan que ve su suerte
Las admite y las abona.
Ansiosos la tientan todos
Una vez y otra vez y otras,
Mas siempre en vano, el mancebo
Va tan certero que asombra.
En fin, don Juan satisfecho
De fortuna tan dichosa
Una sonrisa diabólica.
Nadie le habló una palabra,
Ni saludó él á persona,
Guardó el dinero sin cuenta,
Y devolviendo las joyas,
Tomó la puerta en silencio;
Y aquellos á quien despoja
Le vieron por la escalera
Sumirse como una sombra.

"Todo lo puede el dinero,"
Dijo en la calle á sus solas,
"Lo que al valor no se rinde
Con la riqueza se compra.
Veremos, pues, si con oros
Hacemos mas que con horas."
Y así hablando, en el teatro
Compró silla y ocupóla.
Era ya tarde, y la fiesta
De aquella noche era corta,
Que daban una comedia
De Lope, sin otra cosa.
Estaba, pues, concluyéndose
Cuando entró: mas era otra

Su intencion que la de oirla,
Porque concluida toda
Fuese al vestuario, y con maña
Llamando á parte á una moza
Que él sin duda conocia,
La interpeló en esta forma:
"Toma esos ocho doblones,
Y á esa Sirena engañosa
A quien sirves, si te estimas,
Dirás lo que aquí me oigas.
Y es: que hay un noble extranjero
Que al verla tan seductora
Volver no quiere á su patria
Sin un adios de su boca.
Que si mañana en su casa
Cenar con él no la enoja,
En presencia de un amigo
Y de una fiel servidora
Recibirá mil doblones
Para recuerdo de la honra.
Conque olvidarte procura
De que yo soy la persona
Que irá á cenar, y no olvides
Que el amigo será un mómia,
Que tú serás quien nos sirva,
Y que por cuenta redonda
Bien te dará cien doblones
Quien la da doscientas onzas."
Y así acabando don Juan
Hasta los ojos se emboza,
Y parte añadiendo bajo:
"Hasta mañana á estas horas."

Quedó la criada un punto
Embebecida y absorta,
Sin una idea en el alma
Ni una palabra en la boca,
Viendo cómo por la entrada
De una escalerilla angosta
El impetuoso don Juan
Se hundia como una sombra,
Que siempre aturde y fascina
La vista de una persona
Que tantos doblones gana,
Y tan sería los derrocha.

En un lujoso aposento
Y en derredor de una mesa
De viandas esquisitas
Y ricos vinos cubierta,
Sentada entre don Gonzalo
Y don Juan está Sirena,
Para ambos encantadora,
Mas para don Juan risueña.
Es la tal una hermosura,
Danzante, que apenas cuenta
Veintidos años de vida,
Mas en el arte maestra.
Y si va á decir lo cierto
La chica es como una perla,
Y fina como un coral,
Aunque hay una diferencia;
Que perla y coral con arte,

Con red y estacion se pescan,
Y aquí sucede al contrario,
Pues la pescadora es ella.
Sirena la llama el vulgo,
Y en verdad que no hay Sirena
Ni de vos mas seductora,
Ni en los encantos mas diestra.
Dice ella que tiene padres
En Jerez de la Frontera,
Aunque esto de su progenie
Maldito lo que interesa;
Porque ella es cosa lindísima,
Y aunque de cuerpo pequeña,
Es acabada de formas.
Muy delicada y esbelta.
Tiene los cabellos negros,
La tez purísima y fresca,
Que puesta á distintas luces,
Puede ser blanca ó morena.
Manos torneadas y puras,
Mirada brillante y tierna,
Y dos lindos piesecitos
Tan menudos, que á no verla
Usarlos tan fácilmente,
Nadie á sus solas creyera
Que todo su cuerpo en ellos
Sin peligro se mantenga.
Tal es la Sirena hermosa
Con quien esta noche cenán
En compañía algo libre
Alarcon y su colega;
Y tales son las palabras
Que en tal punto se atraviesan,
Entre el vapor de los vinos
Y el humo de la opulencia.

SIRENA.

¿Y á qué extranjero fingiros
Cuando extranjero no érais?

DON JUAN.

Tu vanidad consultando,
Porque de lejanas tierras
Viniedo al son de tu fama
Mas fácil te envanecieras.

SIRENA.

¿Y á qué fingiros tan pobre
Dueño de tantas riquezas?

DON JUAN.

Para probar si podian
Mis particulares prendas
Adquirirme lo que al cabo
No comprarán mis monedas.

SIRENA.

Quiere decir que de dos,
Mal os salió una esperiencia.

DON JUAN.

Quiere decir que he tendido
Dos redes para una cierva.

SIRENA.

Pero ella saltó por una.

DON JUAN.
Pero en otra quedó presa,
Y es muy distinto, querida,
Ser de una ú otra manera.
Pues que en la una hubo maña,
Y en la otra maña y fuerza.

SIRENA.
Quiere decir . . .

DON JUAN.
Te equivocas;
La interpretacion es esta:
Si en las redes del amor
Incautamente cayera,
Fuera conservada ó libre
Acaso por su inocencia,
Pero á la fuerza rendida,
Sin mas azar ni defensa,
Será olvidado en una hora
Su precio por su torpeza.
Y esta es la interpretacion
Del hecho y la diferencia,
De amor que gana y estima
Y amor que compra, usa y deja.

Y á estas palabras mordiéndose
La bailarina la lengua,
Cambió de copa don Juan,
Y destapó otra botella.
Hubo aquí una breve pausa,
Durante la cual repuesta,
Con una sonrisa de ángel
Al de Alarcon dijo ella.

SIRENA.
Buen cazador sois, don Juan.

DON JUAN.
Y vos excelente pieza.

SIRENA.
¿Seguiriais mucho la pista?

DON JUAN.
Hasta hallar la madriguera.

SIRENA.
¿Y si era falsa la boca?

DON JUAN.
Yo atinara con la cierta.

SIRENA.
¿Y si salir no queria?

DON JUAN.
Yo me pondria en espera.

SIRENA.
¿Por empeño?

DON JUAN.
Por empeño.

SIRENA.
¿Y durará?

DON JUAN.
Hasta cogerla.

SIRENA.
Figuraos, pues, que asoma.

DON JUAN.
Me preparo.

SIRENA.
¿Y si se entrega?

DON JUAN.
Tiendo la mano y la cojo,

SIRENA,
¿Y si muerde?

DON JUAN.
Norabuena,
Sóbrame á mí mucha maña
Y al cabo se hará doméstica.

SIRENA.
Brindad, pues, y olvidad eso.

DON JUAN.
A su orgullo!

SIRENA.
A su obediencia!

DON JUAN.
Espera ¿quién canta ahora,
El amor ó la Sirena?

SIRENA.
El amor está vencido.

DON JUAN.
¿Y la encantadora?

SIRENA.
Muerta.

DON JUAN.
En ese caso, alma mia,
Brindemos y echar tierra.

Brindaron ambos á un tiempo,
Y las amistades hechas,
Mas estrepitosa y franca
A ser empezó la fiesta.
Bebe don Juan sin cuidado,
Que el vino jamas le altera;
Bebe don Gonzalo poco
Mas se turba su cabeza;
Y sus mas hondos secretos
Sin rebozo manifiesta,
Que el daño de los licores
Por la alegría comienza:
Crugen los brindis sin número,
Crece la orgía sin reserva,
Y ya ni voces ocultas
Ni pensamientos se dejan.
De amor y placer se trata,
Y entre el son de las botellas
Crugen los besos perdidos
Y los requiebros penetran.
De amor loco está don Juan,
Prendada de él está ella,
Don Gonzalo bebe y toma
La llamada por respuesta.
Don Juan improvisa y canta,

Y al compás de su vihuela
Gira en danza voluptuosa
La bellissima Sirena,
Y en un sillón don Gonzalo
Sentado y tendido á medias
Como una sombra fantástica
Embebido la contempla.
Ella sutil como el aire
Y como el ai re ligera,
Gira enredor, pasa y huye
Como aparicion risueña,
Flota su falda plegada,
Sus cabellos se destrenzan,
Radian sus ojos ardientes
Luz mas viva á cada vuelta,
Y cuanto del baile rápido
Mas los círculos estrecha,
Mas los mágicos hechizos
De sus perfecciones muestra,
Y el velo con que sus manos
Primorosamente juegan,
La variedad de sus formas
Y sus encantos aumenta.
Y segun rápidamente
Le recoge ó le desplega,
Le anuda, enlaza y con él,
O se cubre, ó se rodea,
La alegoría que finge
Graciosamente renueva.
Ya es un Náyade errante,
Ya una Venus hechicera,
Ya la aurora fugitiva
Flores derramando y perlas;
Ya el Iris tornasolado
Y ya la Fortuna inquieta,
Y su flotante figura
En el ambiente deshecha,
Confundiendo sus contornos
Por su rapidez aérea,
Ante los ojos parece
Mágica ilusion que vuela
Sobre el rumor que producen
Sus vestiduras de seda,
Y el perfume que despiden
A merced del aire sueltas
Cuando los muebles pasando
Ligerísimas tropiezan.
Y gira, cruza, y resbala,
Y los sentidos no aciertan
Si de ella nace su impulso
O el aire sutil la lleva.
Hasta que al fin fatigada
Sobre un almohadon se sienta
Mas seductora que nunca
Y mas que nunca halagüeña.
Y mientras don Juan de besos
Y de caricias la llena,
Don Gonzalo les aplaude
Trastornada la cabeza.
"Bravo, exclamó, solo falta,
Margarita"—A cuya necia
Esclamacion levantóse,
Como una tigre Sirena,

Y con don Juan encarándose
Desencajada y colérica,
¿Quién es esa Margarita?
Le dijo de rabia trémula.
Quedóse un punto don Juan
Sin acertar la imprudencia
A componer de su amigo,
Quien á carcajada suelta,
Sin ver el fuego que atiza
Les añadió por respuesta.

"A fé que es linda muchacha!
"Y ahora que se me acuerda
"Pues en casa estará sola
"Su compañía me peta."
Y así su capa esto dicho
Corroborando la idea.

—Gonzalo, exclamó don Juan,
A no mirar que la lengua
Os entorpece el Jerez
Ya os encontraras sin ella.
—Pues os digo que me agrada,
Y pues su merced la deja,
Pido como prenda antigua
Para tomarla licencia.

—Eso sí, si la pedís
Llevaosla norabuena,
Mas cuando al fin os fastidie
A su convento volvedla.
—¿Con que es monja? ¡vaya un lance!
Tengo yo una hermana lega
En un convento metida
Para birlarla una herencia,
Y aunque en mi vida la he visto,
Solo por recuerdo de ella
Lo haré como lo decís.
¿Y á qué convento?

—A Palencia
Y á las monjas de Jesus,
De donde es.

—¿Jesus me tenga!
—¿Calla! ¿qué os dá, don Gonzalo?
—Decidme por vida vuestra
Don Juan, ¿cuál es su apellido?
—Cosa don Gonzalo es esa
Que jamas la he preguntado;
Mas ¡voto va! . . . ¡lance fuera!
¿No es Bustos vuestro apellido?
—Sí.

—Pues Bustos es el de ella.

Quedó tal oyendo Bustos
Inmóvil como una piedra,
Y en carcajada ruidosa
Rompió la infame Sirena.
Siguióla don Juan á poco
Diciendo: "¿cosa como ella!
"¿Quién demonios lo pensara?
"Pero en fin, ya es cosa hecha"
Y dobló las carcajadas
Con la bailarina, mientras
De don Gonzalo se iban
Coordinando las ideas.

Hasta que el vapor de la orgia
Disipado con la fuerza
De su deshonra, arrojóse
Sobre don Juan con fiereza,
Mas sentóle éste los puños
En el pecho, y con la mesa,
La lámpara y la bajilla
Vino don Gonzalo á tierra.
La bailarina se puso
Por medio de ellos, resuelta,
Diciendo á tiempo: "Señores
Que están en mi casa vean!"
—Don Juan, á la calle vamos.
—Vamos, don Gonzalo, fuera,
Que es cosa que ya no tiene
Mejor compostura que esa.
Alborotóse la casa,
Hubo lágrimas y quejas,
Y el aposento asaltaron
Los pages y las doncellas.
Mas don Juan les tuvo á raya,
Añadiendo con firmeza:
¡Atrás, canalla! y silencio:
Y tú, amiga, ten paciencia,
Que como escape con vida,
Volveré cuanto antes pueda.
—Si sois valiente, don Juan,
Cuando gustéis dad la vuelta
—Advierte que no te pido
Ni consejos, ni licencia,
Que yo te sigo la pista
Por voluntad ó por fuerza.
—Pues volved sin compañía
Y encerrad á la manceba.
—Ten esa lengua de víbora
Y no te pases en cuenta,
Que de rendirse á venderse
Hay una distancia inmensa.

Y así diciendo don Juan,
Tiró un bolsillo en la mesa,
Y dejó el puesto encajándose
El sombrero hasta las cejas.

VIII.

Ya era alta noche, en el nublado oriente
Próximo estaba á despuntar el día;
El viento resonaba tristemente
Y áspera lluvia gotear se oía.
Y la noche pasaba
Y Margarita en soledad lloraba
La ausencia de don Juan, que no venía.
Entreabierta tenía su ventana
La enamorada niña,
Con la esperanza vana
De sentirle mejor cuando volviera,
Y oyendo sus pisadas desde lejos,
Y alcanzándole á ver con los reflejos
De un vecino farol presto le abriera;
Y al conservado fuego se enjugara,
Y los húmedos miembros arrecidos
Al calor agradable restaurara.

Mas en vano á la reja
Al percibir pisadas acudia,
En vano por la lóbrega calleja
Los tristes ojos con afán tendía;
Muchos alguna vez por ella entraban,
Y unos riendo y otros disputando,
Huyendo unos tal vez y otros cantando
Pasar bajo su reja los veía,
Mas de ella á largos pasos se alejaban
Y con ellos don Juan nunca venía.
Hundida la infeliz en su abandono
Suspiraba de amor por quien la olvidaba,
Por quien su amor pospone y su ternura
A una caricia sin pudor vendida
De la insolente bailarina impura.
¡Ay pobre Margarita! tú sentada
Bajo la reja espesa
Aguardas á don Juan desesperada
De dolorosos pensamientos presa;
Tu amor por él de suspirar no cesa,
Y ¡ojalá no volviera, desdichada!
Pero ya acelerados
Pasos de alguno al fin se percibieron,
Cuanto próximos mas precipitados
Y mas cercanos cada vez se oyeron,
Y por la calle oscura
Vió Margarita un hombre que se entraba,
Cuya negra figura
Ante su misma puerta se paraba.
"El es, dijo bajando, y no mentía
Que era en verdad don Juan el que venía."

El era, sí, por el cruzado embozo
Asomando el semblante macilento,
Con ceño torvo y fatigado aliento,
Cubierta de sudor la osada frente,
Y empuñando el acero refulgente
Hasta el torcido gavilán sangriento.
¡Dios mío! dijo al verle Margarita,
Mas con planta ligera
Dentro él sin contestar se precipita,
Y la mirada de la niña evita
Salpicando de sangre la escalera.
Subió tras él la pobre acongojada
Y la puerta tras ella asegurando,
"Traéis sangre, don Juan, dijo aterrada,"
Mas don Juan si la oyó siguió callando,
Su roja espada ante la luz limpiando.
Mudó despues de gola y de vestido,
Se lavó, se enjugó y echando al fuego
El de sangre teñido,
Sentóse ante la llama con sosiego
Diciendo con acento decidido:
Margarita, á la aurora
Es preciso partir.

—¿Dónde?

—Lo ignoro.

Abandonar la corte por ahora
Es lo esencial no mas, en esta casa
No es posible vivir.

—¿Pero qué pasa?

—¡Oh! no es para subir á los tejados,
No es lo que viene ni un león ni un toro,
Poca cosa, señora,

Teniendo libertad, audacia y oro.
—Hablad don Juan, mi amor es infinito.
Nada es mi vida si salvar la vuestra
Logro con ella. Y lo que ví me muestra
Que vos necesitais . . .

—¿Yo? ¡qué locura!

Gozadla vos, que no la necesito.
Y serenad por Dios esa pavora
Que en el rostro mostrais, porque, á fé mia
Que el asunto no es cosa estando á punto
Tan cerca el oro y tan vecino el día.
Oídme en dos palabras, Margarita,
Y os contaré el suceso.
Ya á don Gonzalo conociais.

—Eso

Bien lo sabeis.

—Tenia una maldita

Cabeza el tal y la perdió esta noche,
Mas bebió con excesos
Y no es extraño que perdiera el seso.
—¿Pero en fin, qué es el caso?
Que me teneis violenta.
—Me hablé de vos y aunque detras de un vaso
Me lo dijo, no fué tan de mi gusto
Que al contestarle yo por un fracaso
Le entré el estoque por mitad del busto,
Y el alma se le fué tan de carrera
Que el cuerpo no exhaló ni un ¡ay! siquiera.
—¿Le matásteis? don Juan, ¡sois un malvado!
—Tal vez tengais razon, mas bien mirado
Como si no le mato al fin me mata,
En matarle salí muy bien librado,
Que el caso era durillo hablando en plata.
En fin, bien está así, y pues ya esclarece
Si no quereis hablar con la justicia
De lo que á don Gonzalo pertenece,
Venid conmigo y adelante vamos.
—Pues que remedio no hay, don Juan, partamos.
—Pues echaos ese oro en el bolsillo
Y vamos á buscar un par de potros,
Que como en campo libre nos veamos
Maldito si da el diablo con nosotros.

Y hablando así con gravedad resuelta
Cerró el cuarto don Juan, tiró la llave,
Y en dos caballos cuyo brio sabe
Tomó á Castilla con la monja vuelta.

Al cabo de dos dias de camino
Al despertar la niña una mañana
De una posada en una alcoba, vino
Al ruido de su voz una villana,
Y á tal punto entre dama y posadera
Diálogo se entabló de esta manera:

POSADERA.

Dios guarde á su merced. ¡Hermoso día!

MARGARITA.

¡El os proteja, madre! ¡Teneis hora?

POSADERA.

No parece que sois madrugadora.

MARGARITA.

Pues ¿qué hora es?

POSADERA.

Es casi medio día.

MARGARITA.

¡Medio día!

POSADERA.

¿Quereis el desayuno?

MARGARITA.

Sí: mas hacedme la bondad primero
De decirle la hora al compañero,
Que tiene el sueño á fé bien importuno.

POSADERA.

Pero ¿de quién hablais?

MARGARITA.

Del caballero

Que ocupa ese cuarto.

POSADERA.

No hay ninguno.

MARGARITA.

¿Cómo no?

POSADERA.

El pasajero que ahí habia . . .

MARGARITA.

Que vino ayer.

POSADERA.

Con vos?

MARGARITA.

Precisamente.

POSADERA.

Montó á caballo al despuntar el día.

MARGARITA.

No puede ser.

POSADERA.

Miradlo.

MARGARITA.

¡Dios clemente,

Partió sin mí!

POSADERA.

Yo me creí, señora,

Que erais de su partida sabedora.

MARGARITA.

Yo? justo Dios!

Y aquí de Margarita

Se ahogó la voz, y sin poder ni aliento
Desplomóse en mitad del aposento.
Gritó la posadera, entró la gente,
Se murmuró la historia comentada
Por el curioso vulgo maldiciente,
Y cuando en sí volvió la desdichada
Solo encontró á su lado
Un hidalgo, que acaso acompañado
De su mujer viajaba,
Quien viendo su hermosura condolida
Guardarla quiso la honra con la vida.

"Pobre jóven, la dijo aquella dama,
Cobrad valor, no os deis por tan perdida.
¿A dónde quereis ir?"

MARGARITA.

¿Dónde, señora?

Saberlo me pluguiera,
Yo iria solamente donde él fuera.
¿Sabeis de él?

LA DAMA.

¿Quien es él?

MARGARITA.

Ese viajero

Que salió con el alba.

LA DAMA.

Un caballero
Mozo y galan.

EL CABALLERO.

¿Sobre un caballo overo?

MARGARITA.

El mismo, justamente.

LA DAMA.

¿Es de vuestra familia?

MARGARITA.

¿De mi familia? No precisamente,
Pero si yo supiera su destino . . .

LA DAMA.

Dijo que de su casa iba camino.
¿Sabeis su casa vos?

MARGARITA.

Si es en Palencia,

LA DAMA.

Hasta Dueñas venid si os acomoda
En nuestra compañía y diligencia;
Para que os lleven á Palencia haremos
De la mejor manera que encontremos.

MARGARITA.

¿Ay señora, quien quiera
Que seais . . .

EL CABALLERO.

Levantad, por vida mia!
Cualquier noble español lo mismo haria.
Ea, venid, que enganchen y partamos.

LA DAMA.

Enjugad esas lágrimas y vamos.
Y tomando la mano el caballero
De la infeliz y triste Margarita,
Dejaron al momento la posada
Emprendiendo hácia Dueñas la jornada.

IX.

LA AVENTURA TRADICIONAL.

¿Do irá la tórtola amante
Sino tras su amor perdido?
¿Dónde irá mas que á su nido

Y al bosque en que le dejó?
¿Dónde irá su pensamiento
Ni la llevará el destino,
Si no sabe otro camino
Que el solo en que se extravió?

¿Ay! ¿dónde irá Margarita
En su ciega inesperienza,
Dónde irá sino á Palencia
Do tal vez está don Juan?
¿Porque quien logrará nunca
Con descaminado intento,
Que el humo no busque al viento,
Ni el hierro busque al iman?

Era en el fin de una tarde
De Junio, seca y nublada;
De un convento en la portada
Sobre el gastado escalon,
Una mujer se veia
Como esperando el momento
En que abrieran del convento
El entornado porton.

Y á través de un velo espeso
Con que el semblante cubria,
Los ojos fijos tenia
Con constancia pertinaz.
En el balcon de una casa
Situada frente por frente,
Donde no asoma un viviente
Por mas que mira, la faz.

Y la mujer, sin embargo,
Aquel balcon contemplaba
Como quien algo esperaba
Que apareciera por él.
Y á abrirle no venia,
Y el balcon siempre cerrado
Y solitario seguia,
Dueña, galan, ni doncel.

¿Qué hacia, pues, á tal hora
Tal mujer y tiempo tanto,
Mirando con tal encanto
Aquel cerrado balcon?
¿Será cita?—Es imposible.
No hay mas que un hombre en la casa
Que de años setenta pasa,
Que es un don Gil de Alarcon.

¿Serán celos?—¿Qué locura!
¿Quién, ni de quien los tuviera
Si por una y otra acera
La calle ocupan no mas
La casa del viejo hidalgo
Y de Jesus el convento?
¿Será espera?—A tal intento
Propio es el sitio quizás.

Mas nadie llega y la noche
Se oscurece y encapota,
Y la lluvia gota á gota
Pronostica el temporal,

Y se oye al lejos el viento
Que en ráfagas cruza errante,
Y va del turbion delante
Con el mensaje fatal.

Y la mujer sin moverse
Ni hacer de la lluvia caso,
Del escalon no da un paso
Siempre mirando al balcon.
¿Quién es? ¿qué busca? ¿qué espera?
Fatídica así ¿qué augura
Su misteriosa figura?
¿Es ente real ó es vision?

¿Ay! pobre amante olvidada!
¿Ay! ¡infeliz Margarita!
¿Quién comprenderá tu cuita!
Ni compasion te tendrá!
Tú esperas, los tristes ojos
En ese balcon fijando,
Y en vano estás aguardando
Lo que al balcon no saldrá.

Tú ignoras que la hermosura
Es prenda que con envidia
El cielo dió, y con perfidia
Por castigo á la mujer,
Y que quien cifra sobre ella
El bien del amor ageno,
No acierta mas que veneno
En su delicia á verter.

Mas tú, infeliz, no lo sabes,
Y en él esperas por eso,
Cuando él por un solo beso
De cualquier nueva beldad,
Te viera espirar de angustia
Sin que le hubiera ocurrido
Darte un adios ni aun fingido
Al pié de la eternidad.

Mas en tanto el viento arrecia,
Revienta el cóncavo trueno,
Y se desgaja de lleno
El espantoso turbion;
La calle se inunda en agua,
La noche cierra, y los hombres
Invocan los santos nombres
Con miedo en el corazon.

Margarita amedrentada
Buscando asilo seguro,
Acogiése al templo oscuro
Y se amparó del altar:
Y al postrarse ante él humilde
Allá dentro de su mente,
Mil recuerdos de repente
Empezaron á brotar.

Ella hizo aquel ramillete,
Ella bordó aquella toca,
En aquella cruz su boca
Puso mil besos y mil;

Aquella alfombra en su tiempo
Delante del coro estaba . . .
Toda su vida pasaba
Por ella en sueño febril.

Toda en ilusion fantástica
Su antigua y pura existencia;
Venia con su inocencia
Su corazon á asaltar,
Y dentro del pecho cándido
Ir saliendo le sentia,
De la penosa agonía
De su roedor pesar.

Y segun bellos recuerdos
Poco á poco iba encontrando,
Poco á poco iba olvidando
La belleza de don Juan;
Hasta que en santa tristeza
Su alma inocente embebida,
Suspiró por otra vida
Sin bullicio y sin afan.

La soledad de su celda,
El rumor santo y sonoro
De sus rezos en el coro,
Y la paz de su jardin,
El consuelo de una vida
Con Dios á solas pasada
De amor y mundo apartada,
Que son delirios al fin.

Todo en tropel presentóse
A sus ojos tan risueño,
Tan sabroso y halagüeño,
Tan casto y tan seductor,
Que en llanto de fé bañada
Dijo: "¿Ay de mí! ¿quién pudiera
Volverme á la vida austera,
Y á otro provenir mejor?"

En esto allá por el fondo
De una solitaria nave,
Con paso tranquilo y grave
Vió Margarita venir
Una santa religiosa
Cuyo rostro no veia,
Por una luz que traia
Para ver por donde ir.

Temiendo que al acercarse
Tal vez la reconociera,
En su manto de manera
Margarita se envolvió,
Que aunque de la monja incógnita
Los pasos cerca sentia,
Ella apenas la veia
Hasta que ante ella llegó.

Pasó á su lado en silencio,
Y Margarita al mirarla
Estrañó no recordarla
Ni su faz reconocer.